

Año V.

Barcelona 30 de Enero de 1891

Núm. 3.



PEPITA HUGUET.

Ayuntamiento de Madrid





Los ríos son así.

Hace unos días sobre sus heladas superficies corrían atropelladamente los muchachos y deslizábanse ligeras las suelas cortantes de los patinadores; en el eterno correr de las aguas el frío había abierto una solución de continuidad, y así como Josué dejó parado al sol—que desde entonces no ha vuelto á andar, como decía Galileo, cohonestando su teoría con los libros sagrados—el termómetro había parado en seco el curso de los ríos, sin más que tomar la columna de mercurio y exonerarla públicamente, que á eso equivale «quitarle los grados.»

Hoy los ríos se presentan crecidos y furiosos ante el género humano que presencié el frío é indigno reposo de las corrientes, hoy protestan amenazadores contra la ominosa servidumbre del patín, hoy, para expresar su indignación, sacan fuera del cauce, no ya el pecho—como le sacó el Tajo, según el poeta—sino todas las cuatro extremidades.

No hay que asustarse ante las crecidas fluviales que se lamentan en toda Europa, porque ya eran de esperar.

Son efectos del deshielo; es decir, son los ríos que vuelven en sí.

Pero, como es natural, cada río, al salirse de su madre respectiva, aumenta doblemente el caudal de sus aguas, porque es de presumir que cada una de esas madres esté hecha un mar de lágrimas por la ingratitud del líquido hijo.

Salirse de madre... ¡Ahí es nada el delito!

Por eso en cuanto ocurren estas crecidas, todo se vuelven órdenes de los gobernadores á los puestos de la Guardia civil, pues yo supongo que tales órdenes no pueden tener otro objeto que el de restituir á la casa materna á esos nuevos y fluviales hijos pródigos.

Claro es que los beneméritos guardias pocas veces consiguen tal propósito con los ríos caudalosos, como el Ebro, el Tajo ó el Duero; pero hay otros que vuelven al seno maternal mal de su grado. El Segura, por ejemplo.

Ya saben ustedes que al Segura no es la primera vez que le llevan preso.

Y perdonen ustedes que, ante las calamidades físicas que afligen este mes á la nación, vuelva la vista—como la volví la semana pasada—hacia esos caballeros, todos hijos de buenas casas, que por puro amor al sistema parlamentario arrostran nieves, ventiscas, fríos é inundaciones, probando de este modo su temple y sus alientos para mayores empresas.

A los candidatos me refiero, esas notabilidades á la intemperie, judíos errantes y aun errados (sin *h*, por supuesto), turistas de comarca rural encargados, como Clarín, el de

*La vida es sueño*, de ser los agradadores de todos los Segismundos municipales y pedáneos.

¡Oh!; y cómo recuerdan tales odiseas aquel viaje electoral de D. Simón C. de los Peñascales que tan donosamente describe Pereda en *Los hombres de pról...*

Yendo de acá para allá, corriendo de Ceca en Meca, llevado de Herodes á Pilatos, huyendo de Scila para dar en Caribdis pasa, confundido y baqueteado, el actual período más de un candidato de oposición, mientras su contrario el ministerial arregla mejor las cosas en el Gobierno de la provincia y en el ministerio del ramo, gritando al otro lo que el caballo á la ardilla de la fábula:

*Tantas idas y venidas  
tantas vueltas y revueltas,  
quiero, amigo, que me digas:  
¿son de alguna utilidad?*

Con estos desbordamientos la mayoría de los pueblos que visita el candidato—sobre todo si son pueblos de ribera—los halla convertidos en ciudades lacustres y, obligado á caminar entre fangos y barrizales, necesita para recoger un par de votos gastar por lo menos otro par de botas.

En alguno de estos pueblos á medio innundar sale cortesmente el alcalde á recibir al candidato.

—Y usted, ¿quién es?—le pregunta.

—Soy sobrino del general Iyunganez.

—Debió usted haber venido con el tío.

—¿Para que me ayudase en la elección?

—No; para que le pasara el río.

—Pues ¿qué sucede?

—Que se ha desbordado con esto de los deshuelos y no hay barca que se atreva á cruzarlo.

—¿Qué fatalidad! ¡Y en época de elecciones!

—Es verdad; en períodos políticos como el presente, eso ya no es salirse de madre, sino de madre... política.

—Y ¿cómo arreglaríamos esto?

—¿Lo de la crecida? Difícil lo veo... Como no se vea Vd. con el otro candidato... ¡Porque esto del río debe ser todo manejos de él!

—Pues me ha trastornado. Precisamente al otro lado del río...

—Tengo mis amores, madre, ¿no es eso?

—Sí, señor; tengo mayores simpatías y recomendaciones; pero, en fin, les pondré un telegrama.

—Mucho dinero va á costarle al señor, porque habrá que enviarlo por el cable.

Y diálogos como este son el pan nuestro de cada día para los aspirantes á la diputación.

Hay quien, en vista de la poca eficacia de sus trabajos, retira la candidatura que había presentado por estas comarcas ribereñas, y dice:

—¿Cómo ha de ser! Me presentaré senador.

—¿Por la Universidad ó por alguna Sociedad Económica?

—Por ninguna de esas corporaciones.

—¡Ya! vamos: entonces por algún arzobispado.

—No, señor; por la *Sociedad de Salvamento de Naufragos*.



Las crecidas de ríos han ahogado una porción de candidaturas en flor.

Verdad es que tales perances no son para los candidatos que ahora se usan; únicamente puede arrostrarlos un *Ríos Rosas* u otro así.

—¡Ya ve usted!—le decían á un cunero—el río se nos ha entrado por toda la vega; nuestra agricultura está perdida; nuestros campos llenos de agua...

—Pues buen remedio; planten ustedes arroz.

\*\*\*

Se acerca el término de la campaña.

Los comités electorales reunidos en sesión permanente, cuentan, recuentan y vuelven á contar los votos probables y los posibles; en las casas de los electores llueven volantes, circulares, candidaturas, manifiestos, papeles y siempre papeles. No parece sino que el sufragio, como las mercancías frágiles, tiene que ir de un lado para otro, entre recortaduras y más recortaduras de papel.

Las mesas electorales están nombradas y son en tan gran número, que hacen pensar en la *Mesada* de Klopstok, más bien que en la ley electoral; los candidatos preparan el *menú* de la comida para los interventores—última partida de su largo presupuesto de gastos—y en las urnas de cristal—verdaderos fanales del sufragio—veremos luego la voluntad del pueblo puesta en papeles *hechos según arte*, como dicen en las boticas.

La fiebre de la lucha, el temor á las coacciones oficiales, el anhelo del triunfo y las fatigas del viaje por el distrito, traen á los pretendientes inquietos, febriles y desasosegados.

—Dios mío, ¡si saldré!

—No; no salga usted, que llueve.

—Quiero decir ¡si saldré diputado!

—Es lo probable. ¿Tenía Vd. muchos votos asegurados?

—Sí, señor.

—¿En dónde?

—En *La Equitativa*; digo, en la capital; los que flojean son los pueblos.

—Pues no haya miedo. Usted saldrá diputado, y tres más.

—Salga yo y llévase el diablo á esos tres que usted dice.

Cuentan y no acaban de lo que piensan hacer los agentes oficiales.

No se sabe de cierto si los muertos votarán u optarán por el rétramiento; pero se dice que si el Gobierno duda de algunas mesas, tiene, en cambio, completa confianza en las del valle de Josafat.

Si los muertos votan, podremos decirle á más de un médico:

*Los muertos que vos matáis  
gozan de buena salud.*

Por lo menos para el ejercicio del sufragio.

LUIS ROYO VILLANOVA.

## TRADUCCIONES

### EL NOMBRE

(De Sully Prudhomme.)

Todos dán á la que adoran  
los nombres más deliciosos,  
y así es el tuyo de pila  
el que prefiero yo á todos.  
Tierno y sencillo, le creo  
para designarte el solo;  
todas las dulzuras juntas  
en tu nombre las coloco.

Su melodía es divina...  
¡Sentimos un golpe sordo  
cuando tocamos la mano  
querida para nosotros?  
¡Pues si oigo sonar tu nombre  
en un mundo misterioso,  
cual si tu mano tocara,  
sufro momentáneo ahogo!

Si alguna mujer tu nombre  
lleva, lo usurpa á mis ojos;  
pero, solo con llevarlo,  
siento que me atrae un poco.  
Tu nombre, al ligarse á ella,  
presta un reflejo engañoso  
á tu *homónima*, y al punto  
llego á pensar que la adoro.

Pero, no; en otras mujeres

tu nombre no reconozco,  
pues es para mí un sonido  
en el cual tus gracias pongo.  
¡Qué nombre borrará el tuyo,  
si es tan dulce y melodioso  
que al encanto de su música  
mi alegre niñez recobro?

Y es que mis primeros sueños  
de felicidad, van todos  
alrededor de tu nombre  
formando su eterno corro.  
Y en la edad en que me falten  
amor y sueños dichosos,  
tendré tu nombre en mi boca  
muertos ya mis besos locos.

### EN LA ORILLA DEL MAR.

(De Teófilo Gautier)

De su mano, sin querer,  
dejó la Luna escapar  
su abanico, y al rodar  
fué el abanico á caer  
sobre la azulada mar.

Por cojer lo que ha soltado,  
ya su brazo plateado  
la Luna extendido deja...  
y el abanico se aleja,

por las olas arrastrado.

¡Quisiera lanzarme al mar,  
en él tu abanico asir,  
Luna, é irtelo á llevar...  
¡Si tú pudieras bajar  
ó yo pudiera subir!

### DE VICTOR-HUGO

Cuando yo duerma, vén á mí lado,  
como á Petrarca su Laura vá;  
y si tu aliento mi rostro toca...

¡pronto mi boca  
se entreabrirá!

Tal vez yo salga de un sueño obs-  
que mucho tiempo durando está; [curo  
al ver tu dulce mirar risueño

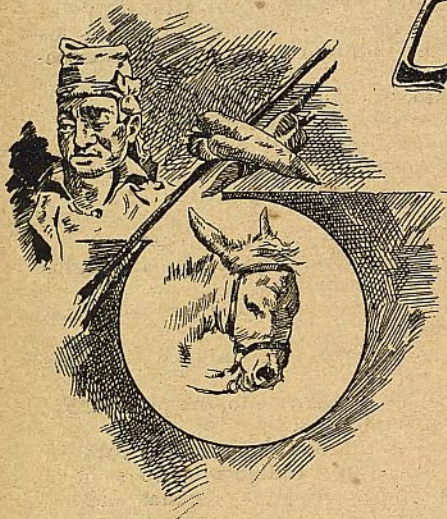
¡pronto mi sueño  
deslumbrará!

Sobre mi boca, donde voltean  
llamas de un fuego que Dios me dá,  
coloca un beso de amor, en calma...  
¡pronto mi alma  
despertará!

Por los gazapos de la traducción:

RICARDO J. CATARINEU.

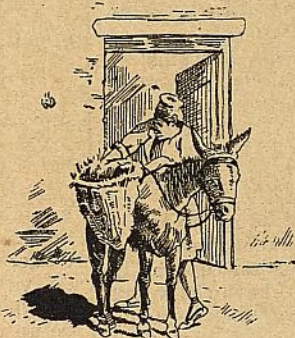




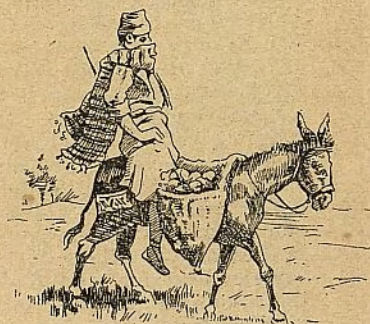
Cuento alegre valenciano  
que aprendí en Albocacer:  
«Los dos pimientos picantes  
à El Burro de Tomaset.»

# Cuento VALENCIANO

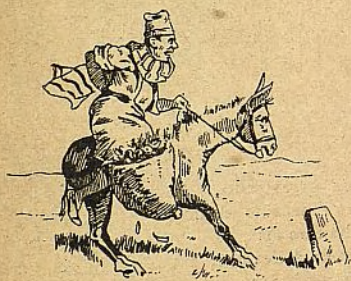
POR  
Heráclito



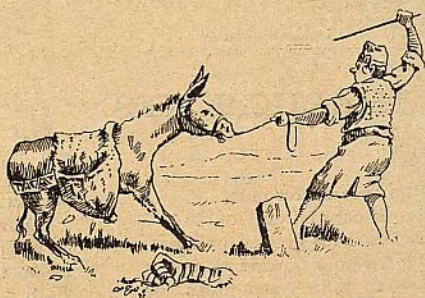
A vender va sus pimientos,  
sus pimientos va á vender



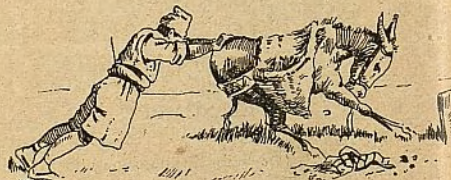
Y á la feria se dirige,  
n su burro, Tomaset.



Pero el burro se le para.  
¡Maldecido de cocer!



Le da palos... ¡Ni por esa si!



Empujones... ¡No hay de qué!

## LA ROPA DE NOVIA

No te duermas, no te duermas;  
dale á la aguja, muchacha,  
que ya está impaciente el novio,  
que ya poco tiempo falta...

Ponle encaje á esa camisa  
y ponle blonda á esa sábana,  
que entre encajes y entre blondas  
está la mujer más guapa.

No te acongojes al ver  
que vierte tu madre lágrimas...  
En víspera de su boda  
de seguro no lloraba...

Con que, no te acuerdes de ella,  
y piensa en que el novio aguarda

para aprisionar tu cuerpo  
y para besar tu cara.

Aprieta bien el bordado  
de esas letras enlazadas,  
pon raso en ese corsé  
y más pluma en esa almohada,  
que se te antoje pequeña  
y que para el novio es larga.

Perfuma la ropa bien,  
aunque la mejor fragancia  
la tomará de tu carne  
palpitante y sonrosada...

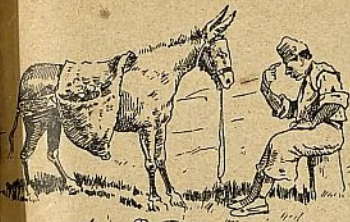
No te dé vergüenza, chica,  
Así está bien... No la añadas...

¿Te distraes? Pues me parece  
que está mal que te distraigas...

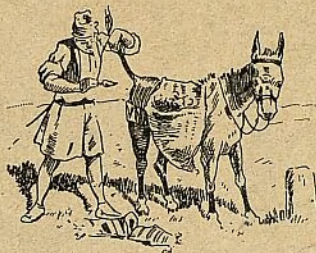
¿Cierras los ojos?... ¡Por Dios!  
¡que no te duermas, muchacha!  
Mas, ya lo entiendo: es que sueñas  
con una existencia plácida,  
y oyes rumores de besos  
y cariñosas palabras,  
y piensas en... ¡Pero, chica,  
que la estropees! ¡Pues, anda!  
¡una camisa de niño  
quieres cortar? ¡Pobre sábana!  
No sueñes tanto, por Dios;  
¡no te adelantes, muchacha!

LUIS DE ANSORENA.





Pues que tú pimientos llevas,  
con ellos te haré correr.



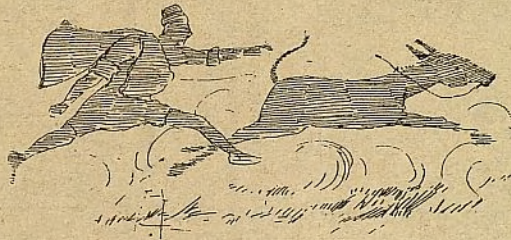
Y aplicándole un pimiento,  
en un sitio .. que yo sé,



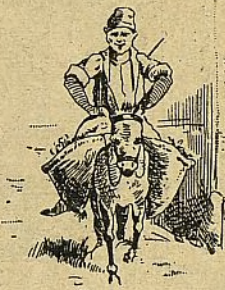
—¡Sóoo, boirico! ¡Para, burro!  
grita en vano Tomaset.



Pues si lo que á él le hice me hago,  
correré lo mismo que él.



Y en efecto, tanto corre,  
que unos minutos después,



satisfecho y descansado  
va á la feria Tomaset.

## A UN AMIGO

Me da mucha alegría y mucha pena  
lo que piensas hacer, amigo Ernesto,  
y te envío, á la vez, mi enhorabuena  
y mi sincero pésame por esto

Sólo un buen corazón, noble y valiente,  
afronta las hablillas de la gente,  
llevando ante el altar á una señora,  
que si hoy es adorable, humilde y santa,  
solo ha sido hasta ahora  
la alegre y descocada... *vengadora*  
cuyo recuerdo espanta.

¡Que ha llorado sus culpas en tu pecho  
y que está arrepentida  
de todo el mal que ha hecho  
en la edad más hermosa de su vida!  
¿y que estás ciegamente enamorado  
porque en mil ocasiones te ha probado  
que te tiene un amor inmenso y loco?

Pues oye: eso es muy poco  
para darla tu nombre, que es honrado

Ese cambio ha nacido  
de la misma pasión que te profesa,  
pues al sentir su corazón vencido,

vió que no triunfaría en tal empresa  
si no se transformaba enteramente,  
y se impuso el deber de ser honrada  
sólo por ese amor tan vehemente.

Si sigues en la idea de casarte,  
lo cual no te aconsejo,  
procura de algún modo manejarte  
para llegar á viejo  
sin que ceda el cariño por su parte.

Tu intención es muy noble y es hermosa,  
pero es á todas luces arriesgada,  
¡ya verás como no es tan virtuosa  
cuando deje de estar enamorada!

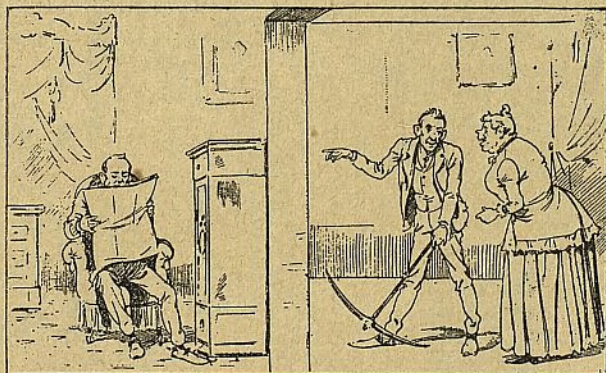
Y aunque el gérmen del bien brotó en su seno,  
nunca seréis felices,  
porque aun siendo profundas las raíces,  
siempre queda la gota del veneno.

Vive, sí, prevenido,  
pues si conserva un resto de hermosura  
y se amortigua su ilusión un punto...  
no dudes un momento... ¡estás perdido!  
¡y adios tranquilidad y adios ventura!

EMILIO DE MOTTA.

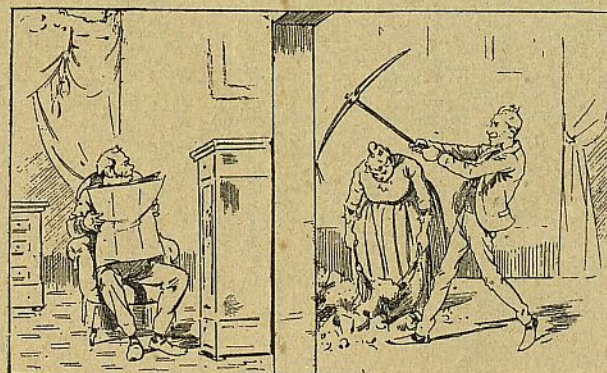


EL RESULTADO DE UN SUEÑO, POR CILLA.



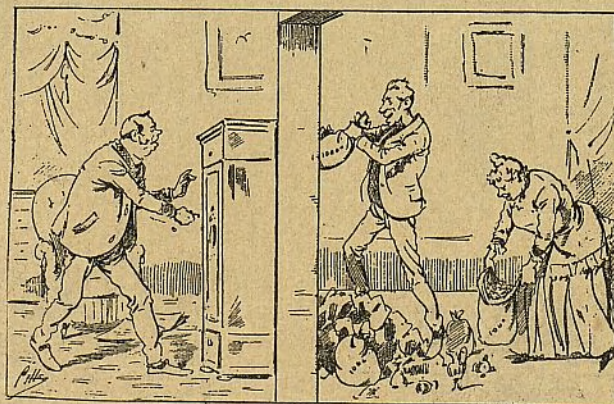
—Veamos qué dice *La Correspondencia*.

—Mira: yo he soñado que cavando aquí encontrábamos un tesoro. Y mis sueños nunca me engañan.



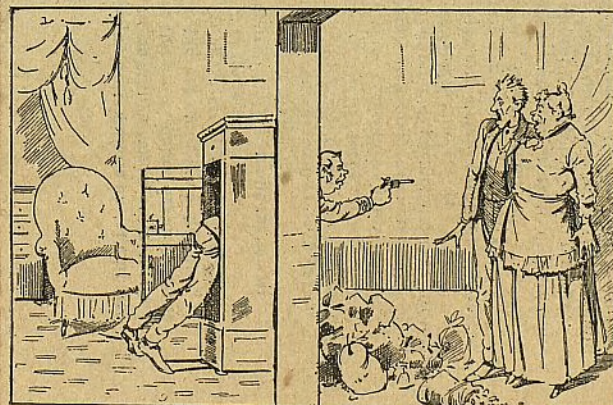
Me parece que oigo ruido en la caja.

—Busquemos, pues.



—Decididamente, se oye ruido en la caja.

—Un saco de dinero... Y otro... Y otro. ¡Cuando yo te decía que mis sueños no marraban!



—¡Me hacen ustedes el favor de decirme qué buscan en mi caja de caudales.



## BOCETO



REGUNTÉ al regente por Andrésillo, un cajista á quien profesaba yo particular estimación por sus buenisimas cualidades. El regente me miró con cierto asombro y me dijo:

—Andrés no está aquí ya.

—¿Pues dónde ha ido?

—Por ahí anda.

Por ahí se puede andar de muchas maneras, y como yo no podía suponer que Andrésillo anduviera moralmente *torcido*, miré al regente.

De lo que éste me dijo conservo una exacta copia en la memoria. No sé hasta qué punto pueda importaros lo que le pasó á Andrésillo hasta llegar á *andar por ahí*. Bueno. Lo que le pasó es esto:

Andrésillo anduvo por las puertas de las imprentas mucho tiempo, admirando aquel trabajo febril, aquel ir y venir de las manos ennegrecidas desde la caja al componedor.

Un día entró en una imprenta como aquél que ha tomado su resolución, y pidió trabajo. Bien sabe Dios que Andrés no sabía por donde empezar; pero, en fin, estaba dentro de una imprenta, y hacía una porción de cosas que no eran *componer*. El llegaría.. Llegó al cabo, y compuso; al principio tarde, mal y nunca; luego, con más soltura, á fuerza de pescozones, y al cabo de dos años, con la rapidez que tanto le había asombrado.

Sus manos no eran de cajista, sino de prestidigitador. *Levantaba..* no sé cuántas letras por hora. Bueno. Llegó á ser de los más apreciados en la imprenta aquella y llegó tambien á tener veinte años.

Vivía solo, no sé dónde, porque Andrés no tenía padres; venía de alguna parte, sin duda, de arriba ó de abajo, de la sombra, de donde vienen los que no saben de qué punto han salido. Pero de aquella sombra había sacado Andrés un hermosísimo corazón y una clarísima inteligencia.

Cuando concluía el trabajo y se apagaban los endiablados quinqués aquellos que llenaban de humo la imprenta; Andrés se iba á un café, solo, y se sentaba filosóficamente en un rincón. Allí se estaba una hora, más unas veces, menos otras. Luego salía y se iba á la Puerta del Sol en busca de Petra.

Esta Petra la habeis conocido vosotros en la esquina de la calle de la Montera vendiendo periódicos. Yo la he visto allí muchas veces. Era una muchacha de diez y seis años, viva, espigada, graciosa y de rara perfección de rostro. No había salido de la sombra, como Andrésillo, pero era casi lo mismo.

Su padre era mozo de cordel. Por allí andaba, en no recuerdo qué esquina, paseando su vino todo el día, áspero, brutal, inculto, acor-dándose de Petrilla como del día que nació.

Su mujer había muerto, yo creo, así Dios me perdone, de pena por haberse casado con semejante vago. También se muere de esto. Bueno. Pues después de morirse la buenísima mujer, el padre de Petrilla se dió más á la bebida, así como otros se dan al dolor, y Petra se crió allí mismo en las anchas aceras de la Puerta del Sol, cuna de muchas miserias.

Estas hijas de los pobres deben tener una providencia que vela por ellas cuando no se pierden de buenas á primeras y en cuanto hay ocasión. Es el caso, que Petra creció vendiendo periódicos; la superficie, el lenguaje, las maneras eran de los menos escogidos, pero el fondo se mantenía puro.

Andrésillo pasó por allí y la vió, y se enamoró como podía enamorarse un hombre tan serio y reflexivo como él: con toda su alma. Ya sabeis que cuanto más descendéis en la escala social, menos fórmulas gasta el amor. Andrésillo se arrimó al farol en que Petrilla estaba y la habló.. Volvió al día siguiente, y al otro, y siempre, y entre él y Petrilla se estableció cordial inteligencia, y más tarde amor, tan poético sobre aquella acera rumorosa como el de Julieta y Romeo en el callado jardín de Verona.

Cuando Andrés acababa, allá, á eso de las diez, se iba derecho á la esquina de la calle de la Montera.

Petrilla y el cajista se quedaban solos. Sí, más solos que si estuvieran en medio de una llanura solitaria. Madrid pasaba codeándolos; cientos de gentes que van á sus negocios ó á sus placeres, que salen de los teatros, de las reuniones, de los cafés que brillan á dos pasos con el centelleo de la luz quebrándose en los espejos y en los prismas de cristal de los mecheros; coches que pasan sin cesar, como la cinta sin fin de una máquina, arriba y abajo,

## HISTÓRICO, POR CUCHY.

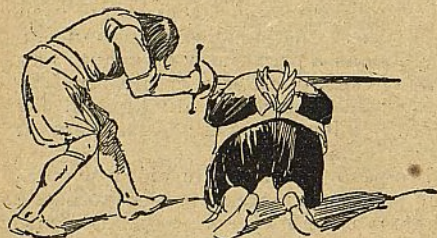


—Oye, chica: ¿por qué llevas ese jarro dentro del cubo?

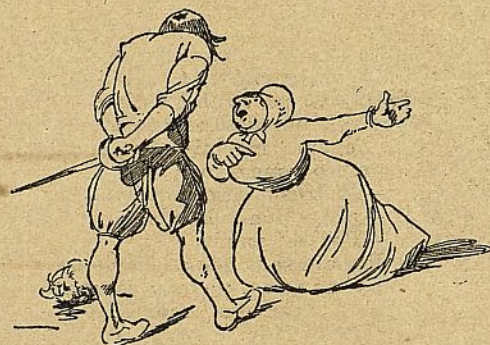
—Toma: porque así traigo más agua en cada viaje.



## LA ESPADA DE BERNARD -- CUENTO VIVO, POR APELES MESTRES. (Conclusión.)



Y entrega la cabeza y la espada de Bernardo al verdugo, que con ésta corta aquélla.

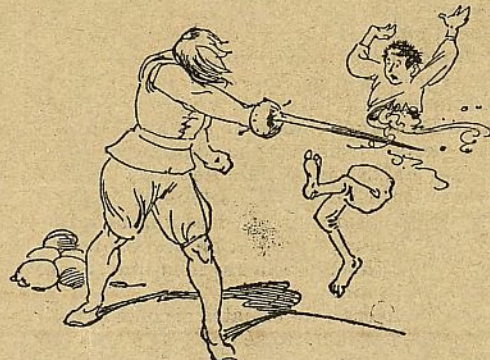


Llena de remordimientos la mujer de Don Isaac, viene á declararse autora del crimen y á ofrecer su cabeza al verdugo, que, sin más ni más, se la corta.



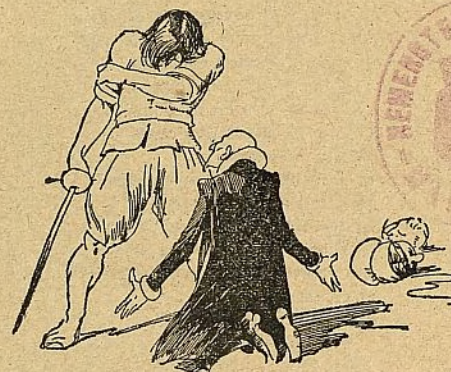
Llevado de su buen corazón, preséntase el cabrero y dice: --Yo soy el verdadero culpable; caiga mi cabeza, que era la única que debía caer.

Y el verdugo se la corta.

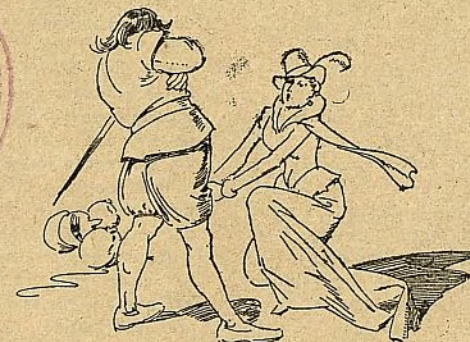


Pero, para no ser menos, el pilluelo que mató la cabra viene por sus propios pies á entregarse al verdugo.

El cual, incansable en el cumplimiento de su deber, lo corta también.



Al ver cortadas aquellas dos cabezas, que él cree inocentes, se presenta á ofrecer la suya el padre de Don Luis. Y el verdugo se la corta.



Escuchando la voz de su conciencia, que la proclama autora del atentado, la novia de Don Juan acude á ofrecer su cabeza.



Llega á oídos del alcalde tan singular aventura, el cual, enojado al ver que el verdugo se ha pasado á juez, en un arrebato de cólera le corta á su vez la cabeza.



Y limpiando la espada, dijo consternado: --¡Digan ahora que la espada de Bernardo ni pincha ni corta!  
Y aquí corto tan lamentable historia, porque, si no ¡á donde iríamos á parar!

en todas direcciones, mezclados con los tranvías que resbalan sin ruido sobre los rails...

Bueno; pues allí estaban los dos, engolfados en esa eterna conversación que dice siempre lo mismo. Andrés había logrado lo que el mozo de cordel no hubiera conseguido jamás, dado el caso de que se lo hubiese propuesto.

Andresillo fué limpiando aquellas asperezas morales de Petrilla, modificó sus maneras desgarradas, pulió profundamente su lenguaje, puso la fisonomía moral al nivel de la fisonomía física, hizo de Petrilla una criatura aceptable. Es cursi que yo os diga ahora que el amor obró aquel milagro, y no lo digo.

A las doce, cuando la acera blanqueaba, y sólo pasaban de prisa los que se retiraban á sus casas, llegaba dando bordadas, navegando de bolina, el bruto que había engendrado el primor de Petrilla, y decía con la dulzura relativa de los mozos de cuerda:

—¡Alza á casa!

Y Petrilla se iba por un lado, y Andresillo

por otro, y el idilio de la esquina se interrumpía hasta la noche siguiente.

Os diré que una noche llamó el regente á Andresillo, y con la satisfacción natural del jefe que da una buena noticia al subalterno sin tacha, le anunció que desde la próxima quincena quedaba de encargado, ganando veinte reales en vez de catorce.

¿Cómo salió Andrés aquella noche de la imprenta!

Por el camino fué hablando solo de una porción de cosas. Ya cerca de la Puerta del Sol, de toda aquella conversación consigo mismo, salió una idea: ¿por qué no había de casarse con Petrilla?

Andrés no se detuvo mucho cuando se le ocurrió aquello y siguió hacia la Puerta del Sol.

Petra no estaba debajo del farol, ni se oía por allí su voz.

Andrés llamó á uno de los granujillas que allí se dedican á la venta de periódicos.

—Tú, Vencejo... ¿dónde está Petrilla?

—No sé: se fué.

—¿A dónde?

—No sé.

Una vieja del gremio se acercó.

—¿Pregunta usted por la Petrilla, Andresillo?

—Sí señora.

—Se ha ido esta tarde la muy...

—¿Con quién? ¿A dónde?

—Con un caballero, yo no sé á dónde, porque se fueron en coche.

A Andrés se le rompió algo en el corazón.

—Pero... ¿qué dijo?

—Decir... no dijo nada. Tiró ahí en medio un veinticinco mezclado... y se fué, y nada más.

Andrés dió media vuelta y se marchó calle de la Montera arriba. Lo que se le había roto dentro del corazón le dolía mucho... mucho. Se metió dentro de una taberna y bebió. ¿Cómo no repetir esto de que las penas se ahogan en vino, si es verdad? Sí: Andrés ahogó aque-

lla su dolorosísima pena en todo el vino que pudo, y luego salió á la calle y cayó en medio de las piedras, no sé si por la pesadumbre del dolor ó la de la bebida.

Aquella noche infeliz durmió en la prevención, y al día siguiente no fué á la imprenta, pero sí á la taberna, porque aquel endiablado dolor de su corazón no se hartaba de beber, como una esponja cien veces maldita que se secaba allá dentro... muy hondo.

Ya veis por qué causa, al parecer pequeña, perdió Andrés la clarísima inteligencia y el hermosísimo corazón que había sacado de la sombra.

Yo no le he visto ni deseo verle, porque debe ser tan triste ver cómo anda por ahí un hombre que se rasga voluntariamente el corazón!...

FEDERICO URRECHA.



## EL DERECHO DE LA FLOR

Estimado director:  
A una chula descocada  
há días eché una flor,  
«y me dió una bofetada  
de las de marca mayor.»

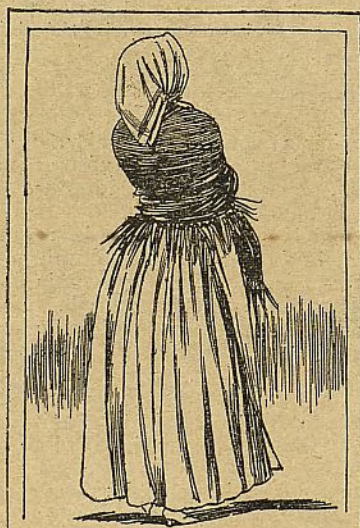
En su cuello me fijé:  
—¡Cristo, qué cuello más bello! —  
entusiasmado grité,  
y de pronto volvió el cuello  
¡y de cuello vuelto fué!  
Los de «manos blancas...» vanos  
dichos son, según presumo.  
¿Por qué mis carrillos sanos  
no están? ¡Quizá de negro-humo  
se unto la chica las manos!  
Es el caso que esta vez  
me ha dejado muy maltrecho  
la mano blanca... ¡Pardiez!  
¡Menos daño hubiera hecho  
una mano de almirez!  
Echado á la moza había  
dos flores de las mejores  
cuando ella... ¡quién lo diría!...  
¡El fruto de aquellas flores  
no fué el que yo perseguía!  
Y digo yo: entusiasmado  
la llamé divina, ¿y qué?  
¿La falté? No está probado...  
¡Ojalá que cuando me  
pegó la hubiera faltado!  
¡Aquella chica hechicera,  
desde luego entendí yo

que podría donde quiera  
el golpe dar, ¡pero no  
de semejante manera!  
Como al ver una preciosa  
muchacha, del más prudente  
flores la lengua rebosa  
y casi impensadamente  
se le va cualquiera cosa,  
yo, sin precaución alguna,  
eché la lengua á pacer  
y ésta se encontró con una  
que se le antojó mujer  
y que era una res vacuna.  
La acción me llenó de enojo.  
Yo, que era posibilista,  
sentí tan grande sonrojo,  
que me troqué en zorrillista,  
ó en republicano rojo.  
¡Por una frase, por nada,  
proceder con modos tales!  
Director, ¿será bobada  
llevar á los tribunales  
á la chula descocada?  
Su conducta fué bestial,  
y creo que en la cuestión,  
que es, por cierto, excepcional,  
soy yo quien tiene razón,  
como es cosa natural.  
Vamos á ver: ¿quién nos quita,  
ó quién el hecho nos tacha,  
que nadie hay que no repita,  
de decir á una muchacha,

por ejemplo, que es bonita?  
¿Quién va á castigar el hecho?  
Que á una chica vemos de aire  
garboso, de talle estrecho...  
Pues al decirle un donaire  
¿no se tiene algo derecho?  
Gentes de otros pareceres  
abolir intentarán  
el derecho... ¡que si quieres!  
¡son tan airoas y tan  
lindas algunas mujeres!  
Y usted, caro director,  
¿se atrevería á aplaudir  
al osado innovador  
que tratara de abolir  
el derecho de la flor?  
¿Y si, como ocurre ahora,  
una circunstancia hay que  
la situación empeora,  
y para desdicha, se  
trata de una innovadora?...  
¿La solución se le esconde  
como á mí? ¿Qué es lo que haría?  
—y dispense que así ahonde...  
¿á dónde se agarraría?  
Explíquelo usted, ¿á dónde?  
A esa chula, por favor,  
dígame usted sin tardar  
cuál es el medio mejor  
de enseñarla á respetar  
«el derecho de la flor.»

FERNANDO SEGURA

AVES NOCTURNAS, POR PONS.



¡Cuatro pesetas!  
Diga usted, amigo:  
¿usted se quiere  
quedar conmigo?

## UNA ONZA DE ORO

En los tiempos que corremos el que tiene una onza de oro tiene diez y seis duros, que no es poco, ó trescientos veinte reales que parece más y no lo es. A veces el que tiene una onza no tiene un cuarto, porque lo sabe un desollinador de cofres, vulgo ladrón, y alivia del peso á su prójimo, porque los ladrones tienen prójimos.

Tuviera yo muchas onzas de oro, que poco cuidado me daría del mundo, por más enemigos del bolsillo ageno que espíasen mis pasos.

El dinero es un antídoto universal que cura todos los males como Mr. Le-Roi, y mejor. Y no se crea es esto una observación inútil por lo trillada, á pesar de cuanto dijo Quevedo y otros que no fueron Quevedo. El dinero ha sido en todos tiempos un caballero respetadísimo, porque ante su dignidad el mundo entero ha humillado la frente; pero el siglo diez y nueve, investigador á toda prueba, ha hecho descubrimientos importantes en la materia.

Pero hay diferencia entre el dinero suelto y el dinero agarrado. No es lo mismo tener una onza que diez y seis duros, y aunque parece que vale lo mismo, porque, según los lógicos, *dos cosas iguales á una tercera son iguales entre sí*, y según los matemáticos *el orden de factores no altera el producto* y á pesar de que en



caso de duda cualquiera preferiría los *muchos pocos* á los *pocos muchos*, á imitación de aquel *Señor de mil pueblos* que renunció uno por ser *Señor de novecientos noventa y nueve*, que es menos y abulta más, yo, sin embargo, estoy por la inversa y nada me importa no tener diez y seis duros con tal de tener una onza de oro.

En primer lugar, una onza de oro, como que solo es una onza, no pesa más que una onza y se puede llevar sin incomodidad en el bolsillo. Lleve V. diez y seis duros y verá que figura tan bonita presenta. Si se lo pone en el bolsillo del chaleco parecerá que tiene pechos postizos; y si en los del frac no se puede andar porque los faldones juegan y las corbas pagan. Añadan Vdes. á esto el inconveniente del peso y la posibilidad de que la tela se rompa y cada moneda se marche por su lado, de modo que cuando alcance una le hayan los transeúntes birlado las demás.

Otra ventaja está en el laconismo con que se puede expresar un ciudadano. Como, por ejemplo, cualquiera dice: apuesto una onza ó si me costará una onza, y nadie dice apuesto diez y seis duros, ó haría una muerte si no me costara más que diez y seis duros.

Otra ventaja es que para enseñar un hombre su dinero, puede sacar con cualquier pretexto una onza, pero sería una ridiculez para hacer alarde del dinero meter la mano en el bolsillo y sacar un puñado de duros. Luego, como el oro produce una sensación tan viva y tan agradable, y como no se sabe si al que al descuido enseña una onza le queda más, es muy fácil pasar por rico y esta es una fortuna por no decir un mayorazgo positivo.

El que enseña una onza con el pretexto de no cambiar tiene derecho para pedir prestado á todo el mundo. A uno le dice:—¿Tienes una peseta que me hace falta? Por no cambiar esta onza...; á otro:—¿Me prestas un par de reales? Y como un par de reales ó una peseta entre caballeros es cosa en que no se repara, la onza de oro ha traído con mágica virtud algunas cantidades que quedan á beneficio del último poseedor. Y como en una corte tiene uno tantos amigos y conocidos, resulta que puede una onza de oro redituár sin exposición ni cargas de ninguna especie, tanto como una casa de cuatro pisos y doce balcones en la calle de Alcalá.

Hay más: va V. con una onza de oro á comprar zapatos, ó unos tirantes, ó un pañuelo, ó una corbata. Para eso no debe entrar en los grandes comercios, donde tienen cambio, no digo yo de una onza, sino de mil. El especulador de la onza debe elegir las tiendas de mala muerte, donde no tengan para cambiar un Napoleón. Es claro que en cuanto vean echar una onza con arrogancia banqueril sobre el mostrador, tanto por ganar un parroquiano tan rico, como por no pasar la plaza de pobres, han de decir: ¡Ave María! ¡cambiar una onza por diez ó doce reales! Vaya, vaya, ya volverá V. por ahí. El otro dice: «Ya se vé que volveré... las espaldas» y contesta retirándose: «Por aquí vendrá el lacayo con esos maravedises.» Pero la venida del lacayo, tan esperada como la del Mesías, obliga á cantar en la tienda.

«El que espera desespera  
y el que viene nunca llega»  
ó acordándose de las coplas del Mambrú:

El lacayo no viene  
no sé cuando vendrá;  
si vendrá por la Pascua  
ó por la Trinidad.

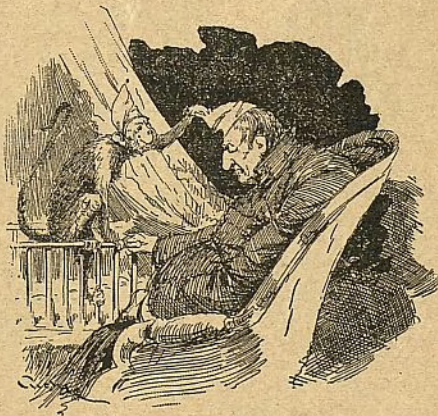
Si es para los amores, no hay atractivo como una onza de oro; aunque tenga un hombre ojos de pulga, juran las muchachas que le han visto ojos de buey, y sin

más garantías, ni más recibo, ni más fiador, le entregan el corazón ó cosa que lo valga.

Pero donde se luce una onza de oro es en el café. Conozco yo un ciudadano, que es el que me ha dado materia para este artículo; que tiene tanto cariño á una onza compañera de glorias y fatigas por espacio de diez años, que nunca se separa de ella por más que lo amenaza todos los días. En cuanto ve un corro de personas conocidas, allá se encaja; trata de lo que tratan, come de lo que comen, y bebe de lo que beben. Si pagan voluntariamente, se aguanta como un zorro. Si no hay quien pague, saca su onza y entonces no falta quien diga: «No, no cambie Vd. tengo yo suelto,» y la onza vuelve á su sitio como la baqueta á la caja del fusil como el pájaro á su nido, como cuerpo abandonado en el espacio que busca su centro. No para aquí la mafia de mi amigo. Muchas veces encuentra á un camarada en la calle y le convida á almorzar ó á tomar café, por de contado con ánimo decidido de no pagar. Procura que el gasto no suba demasiado, porque entonces faltaba el pretexto para dejar de cambiar la onza y el compañero echa mano al bolsillo con la consabida fórmula de: «No cambie Vd., tengo suelto.» Algunas veces insiste en pagar, hace que se incomoda, pero como el mozo alargue la mano pronto, retira la suya diciendo: «Bien, consiento en que hoy paguen Vds., pero yo me vengaré.» Y efectivamente, se venga en hacerles pagar siempre que les convida.

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

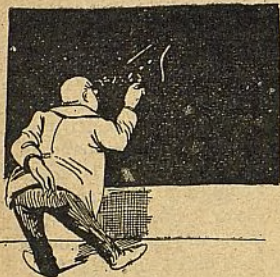
#### FRASES HECHAS, POR CUCHY.



DORMIR LA MONA.



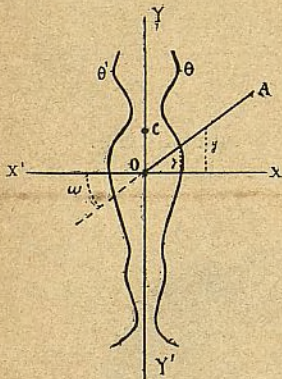
## Geometría Analítica



Señorita: yo la quiero  
con todo mi corazón,  
Ahí va la demostración  
con el

### TEOREMA PRIMERO:

Es un *dato* mi ternura  
al cual llamaremos *A*  
y otro *dato* su mamá  
(letra *C* de la figura)



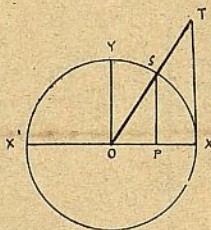
Su padre es un *coeficiente*  
que dejo *indeterminado*,  
para, en un caso apurado,  
darle el valor conveniente.

Le llamaremos ....  $\omega$  (1)  
y está en *carácter* con esto,  
que un señor tan indigesto  
merece una letra griega.  
Usted y yo somos *factores*  
de un *producto* que he de hallar,  
pues siempre *multiplicar*  
es el fin de unos amores.  
Es cosa que fácilmente  
se hace en todas las edades  
estableciendo *igualdades*  
de la manera siguiente:

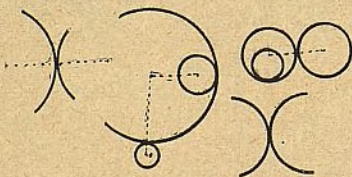
Es tu papa *a* tu mamá  
como yo he de ser a ti  
pero me hace falta el *sf*;  
si no proporción no habrá.  
Represento á usted por  $\theta$  (2)  
y el *seno* la buscaré  
en las tablas de Callé



con exactitud completa.  
Voy pues, inmediatamente,  
á ver qué *producto* damos,  
suponiendo que reunamos  
su *seno* con mi *tangente*.



El *producto* me parece  
que por el *origen* pasa  
con una *ordenada* escasa  
al principio; luego crece;  
y por el *cálculo* encuentro  
que es *función* muy importante,  
resuelta por la *secante*  
cuando pasa por el *centro*.  
De este *grado* las *funciones*  
su *derivada*, en el acto  
nos dá *puntos de contacto*



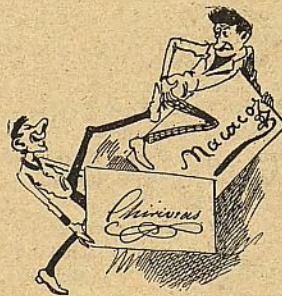
y muchas *osculaciones*.  
Y por esto se comprende  
que la *secante* se pierda  
si se abusa de la *cuerda*  
ó del *arco* que *subtiende*.  
*Enunciado del Teorema:*  
Si usted acepta mi mano,  
llegará su *meridiano*  
á una *posición extrema*.  
En efecto; á eso se llega  
con

$$A = y X^2 \quad [B]$$

en que en ninguno de los  
dos miembros se encuentra  $\omega$  (1)  
Demostrar no necesito  
más del teorema primero,  
pues haciendo  $y = 0$

$$X = \infty \quad (3)$$

Tienen pues, estas *funciones*  
sus *términos* aumentados  
á causa de los citados  
*contactos* y *osculaciones*.  
Por efecto de este exceso,  
la curva se vé crecer,  
mas por fin llega á tener  
un *punto de retroceso*.  
Se desdobra en dos la esfera  
por una *curva de lazo*  
y vuelve sin embarazo  
á su posición primera,  
creciendo más adelante  
y así sucesivamente,  
si en dirección conveniente  
se mantiene la *secante*.  
Por último, observe usted  
que representado estoy  
por *A*; y, por esto, soy  
el *primer miembro* de [B]  
Corolario: al contestar  
dígame us' que.... ¡corrientel  
y es lo que *precisamente*  
se quería demostrar.



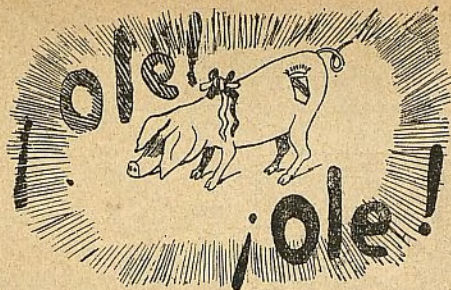
Por la copia  
MELITÓN GONZALEZ.

- (1) *Omega*. (Nota para los que no sepan griego.)  
(2) *Teta*. (Id. id. id. id. id. id. id.)  
(3) *Infinito*. (Nota para los que no hayan estudiado Matemáticas.)

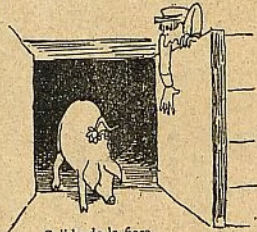




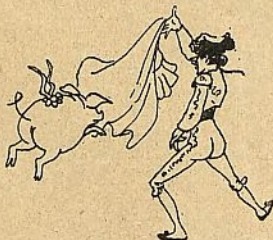
Viva el garbo!



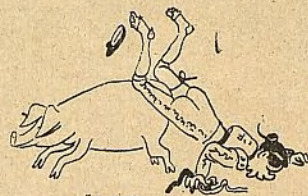
El fuso.



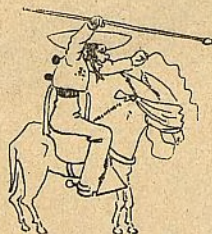
Salida de la fiera.



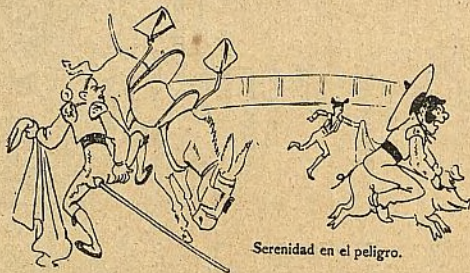
Primer lance.



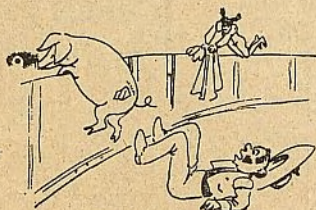
La moña.



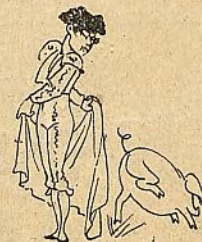
Temeridad y arrojo.



Serenidad en el peligro.



Paciencia en la adversidad.



Salero y gitanería.



Un buen coleo.



Alegrar á la res.



Agilidad y destreza.



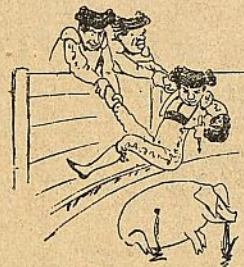
Flexibilidad y arte.



Fantochería y memez.



El trance supremo.



¡Cuidadito, maestro!



¡Loor al genio!



## TAL PARA CUAL

## I.

He leído tu misiva,  
idolatrada Consuelo,  
y al verte tan expansiva  
casi me temo un camelo.

¿Que me amas con frenesí?  
¿Que yo te inspiro pasiones?  
¿Que has despreciado por mí  
excelentes proporciones?

¿Que te asediaba un Marqués,  
admirador de tu talle,  
y le pusiste de piés,  
ó de patas, en la calle?

¿Dices que en una ocasión  
te pidió la mano un Conde  
y le vino un bofetón  
sin que supiera por donde?

¿Que te ha pretendido un Duque  
que tiene mucho dinero

y te brinda con un buque  
que te lleve al extranjero?

¿Y á todos con cuatro frescas  
les has dado calabazas?  
Ni sabes lo que te pescas...  
ni sabes lo que te *caras*.

Más si eres tan obsequiosa  
conmigo, y me quieres tanto,  
remedio tiene la cosa;  
y si no, respuesta al canto.

## II.

¿Tú sabes las que me abruma  
con su pretensión amante?  
Pues yo tampoco: ¡si suman  
una cifra exorbitante!

Damas de la aristocracia...  
me sigue una turba ansiosa  
que solicitan la gracia  
de que las mande una cosa.

Tengo una Duquesa *nueva*,  
que es cosa atroz lo que me ama;  
otra Duquesa, me lleva  
el chocolate á la cama.

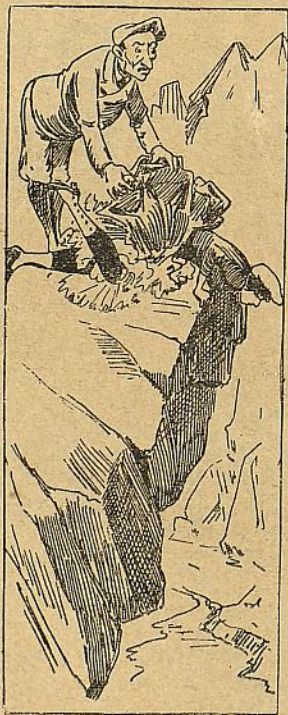
Otra me limpia el gabán  
y da betún á mis botas:  
Marquesas... catorce están  
para quitarme las motas.

Pues, hija mía ¡que quieres!  
me dicen que soy un necio  
despreciando á esas mujeres...  
Pero á todas las desprecio.

Una Princesa heehicera  
sé que se muere por mí,  
y ni la miro siquiera.  
Con que... ¡infeliz! ¡considera  
el caso que haré de tí!

FRANCISCO CAPELLA

VISITA NDO LOS ALPES, POR M. GONZALEZ.



—Mire Vd á donde se agarra, señorita.  
—Eso le digo yo á usted, caballero.

## CHIRIGOTAS



Solución al geroglífico del número pasado:

Es Rosa la morena  
de más partido  
que en este pobre mundo  
se ha conocido.

Lo que si afirman,  
es que la tal mocita  
peca de lista.

La seguidilla es mala de veras; pero no la ha remitido más que un solo lector.

Y váyase lo uno por lo otro.



Con objeto de festejar no sé qué acontecimiento, varios chicos de la prensa nos reunimos el otro día en el Palais de Cristal (Escudillers, 4).

Y como el administrador de dicho establecimiento, D. Agustín Bella (que, dicho sea de paso, es una bella... persona) al saber que de individuos de la prensa se trataba, tuvo con nosotros galanterías y atenciones sin cuento, los chicos de la prensa, agradecidos, acordamos tributar una ovación en nuestros respectivos periódicos al Sr. Bella y decir que en *Palais* se come muy bien. De modo que... por tributada.

Y por dicho.





¡Dígoles á Vdes. que dá gusto abrir en este tiempo la prensa local!

Desde que empezó á hablarse de elecciones, están los periódicos *intransitables*, que dijo el otro.

Manifestos por un lado, noticias electorales por otro; conjeturas sobre el resultado de la votación en tal ó cual distrito...

Y entre eso y los anuncios de los comités y los sueltitos tras de los cuales asoma la oreja algún candidato... estamos divertidos los que vemos desde la barrera, y sin interés ninguno, el curso de la farsa electoral.

Yo, por mi parte, me consuelo pensando que esto acabará pronto: el 1.º de Febrero, si Dios y el ministro de la Gobernación no mandan otra cosa.

Que si no ¡en Dios y en mi ánima aseguro á vuestras mercedes que hacía el petate y me marchaba enseguida á Cuba!

Donde, según parece, no habrá lucha electoral.

Y donde, por lo tanto, no se oirá hablar á todas horas de abnegación, desinterés, amor al *distrito* y demás platos insustanciales de la comidilla político electoral.

De modo que *ahora lo comprendo todo*, como dicen las características en las piezas cursis.

Ahora entiendo por qué los autonomistas cubanos se han decidido por el retraimiento.

Han comprendido que si hubiera habido lucha, la prensa sería, les habría dado *la lata* durante unos días... ¡Y se han retraído!

Acatemos los designios del Altísimo, pero lamentémoslos cuando nos fastidian y nos parten por la mitad.

Ahora resulta que después de los esfuerzos que he hecho y de los gastos que me he impuesto, para dar gusto á ustedes, he recibido quince ó veinte cartitas, diciéndome que no gusta el nuevo procedimiento que actualmente empleamos en los grabados.

Sigo en mis trece; creo que el nuevo método (que duplica los gastos de la parte artística; conste) es mejor, y está más á la altura de los adelantos modernos, que el antiguamente empleado.

Pero yo no hago el periódico para mí, sino para ustedes y gracias á su bondad. Y si ustedes se empeñan...

Para volver á lo antiguo (mejorando, eso por de contado) siempre estamos á tiempo.

¿Quieren ustedes que volvamos?

#### GEROGLÍFICO, POR LAGO.

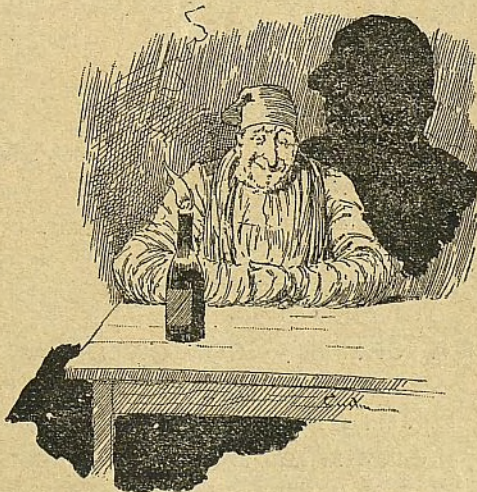


(La solución en el número próximo.)

#### LA MEJOR RECETA, POR CUCHY



Pues señor, hoy hace  
un frío que aterra;  
no hay en casa lumbre;  
los piés se me hielan.



Eficaz remedio;  
preciosa receta;  
¡no hay como alumbrarse...  
con una botella!

Imp. de Calzada, Arco del Teatro, 9, pasaje.



## DECLARACIONES, POR MARS.



—Pero ¿por qué le dejaste?  
 —Porque supe que se había declarado...  
 —¿A otra?  
 —¡Quí! no: ¡en quiebra!

\*~\*~\* ANUNCIOS \*~\*~\*

AGENTE DE  
**LA SEMANA CÓMICA**  
 EN BARCELONA  
 —D. JUAN TASSO—  
 Kiosco de la Rambla, frente á la calle Hospital

AGENTE DE  
**LA SEMANA CÓMICA**  
 EN MADRID  
 D. JULIAN, RODRIGUEZ  
 Tesoro, 5, bajo.

AGENTE DE  
**LA SEMANA CÓMICA**  
 EN VALENCIA  
 D. Julián Peris Mencheta  
 Calle de Entenza, núm. 40

AGENTE DE  
**LA SEMANA CÓMICA**  
 EN SEVILLA  
 D. JOAQUIN NADAL  
*Encarnación, 4*

AGENTE DE  
**LA SEMANA CÓMICA**  
*en la República Mexicana*  
 D. RAFAEL B. ORTEGA  
 Primera de Sto. Domingo, 12  
 MÉXICO

AGENTE DE  
**LA SEMANA CÓMICA**  
*en la Isla de Cuba*  
*Sra. Vda. de Pozo é Hijo*  
 Obispo, 55.—HABANA

AGENTE DE  
**LA SEMANA CÓMICA**  
 EN GUATEMALA  
 D. ANTONIO PARTEGÁS  
 Octava Avenida Sur. Almacén

AGENTE DE  
**LA SEMANA CÓMICA**  
 EN CARACAS  
 D. Antonio S. de Bethencourt  
*Calle del Sur, 4*

AGENTE DE  
**LA SEMANA CÓMICA**  
 EN VALLADOLID  
 D. CELESTINO GONZALEZ  
 Kiosco de la Plaza, frente al Gran Bazar

AGENTE DE  
**LA SEMANA CÓMICA**  
 EN PARIS  
 Madame Lemaitre  
 Kiosque 34.—Boulevard des Italiens

AGENTE DE  
**LA SEMANA CÓMICA**  
 EN BURDEOS  
 Mr. Marcelin Lacoste  
*Place de la Comédie, 3*

**LA SEMANA COMICA**  
*Periódico literario, festivo, ilustrado*  
 Colaboran en él los mejores literatos y los más  
 celebrados dibujantes  
 PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN  
 Barcelona. . . . . Trimestre. 1'50 ptas  
 Fuera. . . . . Semestre. 5 "  
 REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
 Vertrallans, 3, 1.º—Barcelona  
 Despacho todos los días laborables de 2 á 4 tarde